

TRADUCCIÓN

ESPERANZA*

DAI QING

Sentada en la cama del Hospital Psiquiátrico de Anding y mientras miraba por la ventana la luz del sol de los primeros días de la primavera, me sentí como si despertara de una pesadilla. Estaba muy débil, pero, por fin, con mi mente lúcida. La violencia de mis padecimientos hicieron que perdiera la razón, por eso me hospitalizaron durante más de medio año. Y ahora, el pasado ha comenzado a reaparecer en mi memoria, escena tras escena, de manera vivida y real. . . No quisiera resumir mi pasado en términos de “no atreverse a voltear la cabeza”, porque eso representa el estado interior de los que han perdido toda esperanza al recordar sus experiencias dolorosas. Yo ahora soy como un junco solitario, despedazado por las sacudidas de las tempestades y los choques contra las rocas de la costa. Sin embargo, los afortunados, ya sienten que sus pies están sobre tierra firme: al frente se ven espesos bosques y riachuelos murmurantes. Puedo seguir sobreviviendo, puedo luchar. . .

Cierto día, en una tarde sofocante de fines de julio de 1977, mientras estaba corrigiendo los trabajos de los alumnos —hacia 15 años aproximadamente que era maestra de la escuela secundaria de mi pueblo natal, en la comuna Yonghe del Distrito Yonghe de la Provincia de Shandong—, entró Geng, el portero de la escuela:

“Maestra Xü, ya llegó su carta.”

El viejo Geng era el portero y, al mismo tiempo, el administrador de nuestra escuela. Desde hacía más de 10 años que

* Este cuento, publicado en 1979 en el *Diario del Pueblo*, es un ejemplo de la época de la Revolución Cultural. Más que una gran obra literaria, es un testimonio histórico.

me ayudaba en lo que podía, por eso estaba al tanto de mis asuntos familiares.

“La mandó Chen. Esta vez llegó más rápido que la anterior, con 15 días de antelación. ¡Léala, a ver si trata de algo urgente!”

Tomé aquella carta, chiquita y de color pardo ¡Una carta de la familia! Los hijos sí podían hacer mimos con voz infantil en el regazo de su mamá, las esposas sí podían disfrutar de consuelo de parte de su marido cuando sufrían injusticias; sin embargo, en mi caso, todo el consuelo, la comprensión y el apoyo de la familia sólo me podían llegar por carta.

Quince años atrás me había casado con Chen. Nuestro hijo Xiaogang, de 13 años, y nuestra hija Xiaohong, de 7, vivían con él y estudiaban en Beijing. Más o menos el 10 de cada mes recibía una carta-informe de Chen y de mis hijos donde me daban detalles de lo que hacían después de haber distribuido minuciosamente el sueldo. Así era desde hacía años y ¿por qué hoy. . . ?

“Xiumei: en verdad, no sé cómo empezar esta carta. Al fin ha llegado este día. Nuestro Instituto le informó el mes pasado al Consejo de Estado acerca de la situación de más de mil personas que, como nosotros, han vivido separadas de sus cónyuges durante largo tiempo. El Consejo de Estado ya lo aprobó (en menos de un mes) con la respuesta de ¡RESOLVERLO DE INMEDIATO! La Dirección del Instituto ya ha comenzado a estudiarlo. Xiumei, ¡qué contenta estoy! Todo el mundo dice que primero deberían resolver nuestro problema. Mei, ya tienes 37 años y yo, 42. En adelante podremos vivir juntos, por lo menos 20 años para. . .”

Las lágrimas nublaban mi vista. En los últimos diez y tantos años yo había recibido no pocas cartas parecidas, en las que me decía: “el jefe de la Sección de Personal me dijo que habría posibilidades el año que viene”, o “encontré otra vez al director del Instituto, quien preguntó por ti y me prometió tomar medidas”, o “dicen que en el municipio Xiangfan de la Provincia de Hubei se puede registrar el censo familiar, ¿vamos a establecernos allá o no?”. . ., pero ésta era la primera vez en que recibía una carta tan exaltatoria y de tono tan afirmativo.

Chen era de la Provincia de Guangxi; en 1959, se graduó en la Facultad de Radioelectricidad del Instituto Politécnico del Sur de China y era técnico del Instituto de Computadoras de Uso Corriente de la Academia de Ciencias de China. Hasta la fecha yo todavía recordaba claramente nuestro primer encuentro.

En el verano de 1961, nuestro grupo de graduados del Instituto Politécnico invitó a algunos “jóvenes trabajadores científicos” para que nos dieran una conferencia sobre sus experiencias laborales después de terminar sus estudios universitarios. Entre ellos estaba Chen Zhixian, el más joven, el más alto y el menos elocuente. En aquel entonces yo era una muchacha traviesa y estaba sentada en la primera fila. Cada vez que él hablaba, con su acento del sur, y decía “eso quiere decir” en vez de “eso quiere decir”, nos reíamos a carcajadas, lo cual lo hacía sonrojarse. En la conferencia nos dijeron: “mediante nuestros propios esfuerzos ya hemos diseñado y fabricado con éxito la primera computadora de nuestro país y en este campo hemos sobrepasado a Japón y a otros países. . .” Todo esto lo recordaba solamente a grandes rasgos, pero la imagen de Chen Zhixian se había quedado profundamente grabada en mi memoria.

Las cosas fueron tan casuales, como si hubieran sido arregladas intencionalmente. Después de graduarme me mandaron a trabajar como pasante precisamente al Instituto donde trabajaba Chen y, por lo tanto, teníamos más oportunidades de encontrarnos. Como yo era muy activa, nunca me faltaban actividades culturales y deportivas, y cantaba, bailaba, jugaba pelota y escribía en los periódicos murales. Chen, a diferencia de mí, hablaba muy poco. Todos los días, después de dar una gran vuelta corriendo muy temprano, se metía en el laboratorio casi todo el día y la noche. Sin embargo, cada vez que me encontraba sonreía sonrojado, le brillaban los ojos y se frotaba sin cesar las manos, grandes y nudosas. En aquellos tiempos, bastantes muchachos me querían, y yo me sentía muy animada de estar y platicar con ellos. Sin embargo, no entendía por qué sólo cuando estaba con él me sentía inquieta. ¡Qué misterioso amor! Poco a poco llegué a detestarlo por su tontería: tú, un provinciano de Guangxi, callado y tímido, ¡cuándo

percibirás mi intimidad de muchacha, y darás con valentía un paso adelante!

En la noche de la fiesta del “Primero de Mayo” de 1962, después de terminar las representaciones en la ciudad, de limpiarme el maquillaje y arreglar bien mi maleta, cuando ya estaba preparándome para regresar, de súbito vi a Chen Zhixian en la sala de atrás del escenario, con una bolsa en la mano.

“Pequeña Xü, de veras que actuaste muy bien. ¡Come algo de esto!” Como de costumbre, lo que dijo sonó “Gome algo di eso”. Sin embargo, en vez de reírme de él, sentí que de repente experimentaba un sentimiento de cariño. ¡Oh, al fin has dado el paso!

Nos fuimos caminando derecho por la avenida Changan hacia las afueras, al oeste, donde quedaba el Instituto. Aquella noche yo, conocida por lo habladora, estuve callada, mientras que Chen tenía tantas palabras como el murmullo de las aguas del río Lijiang de su pueblo natal. Me habló de la aldea donde había nacido, de la muerte de sus padres y de su vida con su tío, de cómo llegó a ser el primer estudiante universitario de su aldea, de cuán orgullosos se sintieron sus tíos cuando los campesinos se enteraron de que Chen trabajaba en un instituto de categoría en Beijing y, por supuesto, también me habló de su trabajo preferido.

“Pequeña Xü, siento como si mis fuerzas fueran inagotables. Ya comenzaron a ajustar y ensayar la segunda generación de computadoras de transistores. Ayer leí informes sobre el circuito integrado. Se trata de un campo recién desarrollado y nuestro país no se quedará en absoluto detrás de otros países.” La brisa nocturna le acariciaba la ropa. Sentí que en su pecho latía un corazón firme, decidido y lleno de responsabilidad, en el cual yo podía confiar y apoyarme. Nos acercamos sin darnos cuenta y él, abrazando mis hombros, me miró con un profundo sentimiento: “Xiumei, ¿me permites que te llame así?, ¿está bien que vivamos juntos? Nunca recuerdo haber tenido mi propia familia. De veras, te quiero mucho. . .” En realidad, sus palabras no expresaron todo lo que pensaba; sin embargo, ¡qué encantadora fue esa noche de mayo!

Ya tenía la carta arrugada en la mano. Me di cuenta que Geng seguía mirándome preocupado. En verdad, quería lan-

zar gritos de alegría y esperanza, pero logré controlar mi emoción. Como ya había sufrido demasiados reveses, temía que esta vez fuera igual a las anteriores. . .

“Oh, nada, se trata de los estudios de mi hija.”

Geng sacudió la cabeza, se dio vuelta y se fue. Desplegué de nuevo la carta. “Nuestro Instituto le informó. . . El Consejo de Estado ya lo aprobó. . . ya ha comenzado a estudiarlo.” Sí, esta vez tendría que haber una esperanza real. Ordené apresuradamente los libros y corrí hacia mi casa.

Mi casa, con tres habitaciones pequeñas de adobe y un patio chiquito, herencia de mis padres, estaba vacía. Papá y mamá habían muerto hacía 12 y 3 años, respectivamente. Yo vivía aquí sola, por lo que Chen se preocupaba día y noche.

Parecía que por fin iba poder mudarme a Beijing y, entonces, ¿qué haría con la casa? Lancé miradas a mi alrededor: una serie de muebles rotos que tenían más años que yo, un tinajón deteriorado y un molinillo, en una esquina, la pértiga de bambú bien pulida, que trajo Chen cuando vino por primera vez.

El amor enriqueció mi existencia, como si un viento primaveral le hubiera insuflado nueva vida a la tierra. Aunque era la ayudante de Zhixian y de otros técnicos nunca me sentía cansada y me parecía como si los aparatos y los planos hubieran adquirido nuevos significados. ¡Qué feliz era mi vida! ¡Qué feliz mi camino de crecimiento! Fue en ese momento cuando la Dirección inició una movilización para que los obreros y empleados que tenían familiares en el campo regresaran a su tierra. Yo presenté la solicitud sin demora. Más tarde, habría de recordar eso con arrepentimiento. Ahora bien, en realidad no puedo culpar a nadie de ello. Cuando lo hice no fue algo muy consciente, pero tampoco se puede decir que fue una reacción inconsciente. Durante los tiempos difíciles de la ardua guerra, mi mamá había sido la directora de la Asociación de Mujeres para la Salvación de la Patria y jamás había dejado de cumplir las tareas del Comité Distrital y del Octavo Ejército, ambos dirigidos por el Partido Comunista de China. Cuando yo tenía menos de 10 años de edad, mi tío me llevó a Beijing a estudiar y las únicas palabras que me dirigió mi mamá fueron: “Hijita, siempre que se trate de una decisión de la Organización. . .” Yo, realmente cumplía así con lo que

mandaba la Organización. Apenas entré a la escuela, se inició la lucha contra los derechistas. Pero ¿qué sabíamos en aquel entonces? Si la noche anterior, la Célula del Partido nos ordenaba algo que debíamos hacer, al día siguiente íbamos a pegar Dazibao y a gritar consignas acordes con las intenciones de la “Organización”. Después, vino la “Campaña de masas para fundir hierro y acero”, durante la cual deshacíamos las barras de hierro e íbamos recolectando las ollas de hierro de casa en casa. Más tarde, el lanzamiento del “satélite de cultura física” para lo cual llevaba día y noche a mis alumnos a hacer ejercicios de carrera y de otros deportes. En esos años difíciles de 1960 y 1961, a una muchacha campesina como yo, templada en los sufrimientos, no le significaba nada vivir de algas y hierbas silvestres. Por lo tanto, cuando la Organización dijo que era necesario que parte de los empleados retornara al campo, obviamente yo tenía que llevar la delantera.

Para aquel entonces, Chen y yo ya estábamos preparando nuestra boda. Después de escucharme, se mantuvo muy callado durante cierto tiempo. Yo sabía que él estaba pasando por un intenso conflicto mental. Aunque todo lo que oíamos y platicábamos en aquel entonces giraba en torno a la gran familia del comunismo, sólo yo podía saber a fondo cuánto esperaba y deseaba a nuestra pequeña familia, él que nunca había gozado del calor familiar.

“Xiumei, tu decisión es buena; pero, nosotros. . .”

“¿Nosotros qué? ¿No lo han dicho con claridad en la junta de movilización? Lo hago así, para compartir las dificultades momentáneas que afronta el Partido. Regresaré cuando el país logre desarrollarse. Si estás preocupado por mí, en seguida vamos a. . .” Me sonrojé porque de repente se me había ocurrido una idea: ¡qué bueno si podíamos encontrar una doble felicidad de una vez!

Nos casamos así, de una manera apresurada y, al mismo tiempo, llena de animación. Con el acta de matrimonio y la orden de regreso al campo en la mano, vestida de color rojo vivo, me hallaba sumergida por completo en felicitaciones y elogios, porque, por un lado, sentía la vaga satisfacción de haber respondido siempre a los llamamientos del país en todos los momentos clave y, por el otro, tenía un buen esposo: todo

el mundo sabía que Chen no sólo era alto, guapo, honrado y ponderado, sino también un gran favorito del Instituto por sus éxitos en el trabajo. Chen se gastó casi todos sus ahorros en comprarme ropa, para que usara durante todo el año, y quizá compensar de esta forma su dolor al no poder permanecer a mi lado después de casarnos.

Me acompañó a la casa después de la boda. Allí donde ponía sus manos laboriosas, todo se veía más limpio y más ordenado. En menos de 15 días niveló el patio, reconstruyó la porqueriza, renovó el techo con pajas nuevas y me dejó la pértiga traída desde Guangxi:

“Son tan pesadas las pértigas del norte, ¿cómo podrás cargar el agua, Xiumei?”

¡Ah! ¡Qué vivacidad llenaba el pequeño patio en aquellos tiempos! El yerno era objeto de las miradas felices de mis padres. Planeábamos que, siendo jóvenes, no nos importaría separarnos durante uno o dos años, que debíamos trabajar con entusiasmo en nuestros distintos puestos de trabajo, y cosas por el estilo. Sin embargo, nunca supimos que en ese amor tan dulce nos esperarían las pesadas cargas y responsabilidades de la familia, y que, en el entusiasmo por entregarnos al trabajo, hallaríamos obstáculos y dificultades ¡Éramos demasiado jóvenes e inocentes!

Transcurrieron dos años. Como papá trabajaba en el equipo de producción, mamá hacía los quehaceres domésticos y yo daba clases en la escuela de la comuna, llevábamos una vida relativamente feliz; aunque trabajar en el campo no era una cosa tan llena de heroísmo romántico como yo había imaginado. Ya habían empezado a hacer el ajuste general de la segunda generación de computadoras, diseñada y fabricada por Chen Zhixian y sus colegas. Chen padecía del estómago, debido a que trabajaba en exceso durante las noches, y a sus sucesivas salidas en misiones oficiales a otras provincias. Adelgazó, sus mejillas redondas de muchacho se alargaron y los pómulos sobresalían en su cara; sin embargo, sus ojos eran aún más brillantes, lo que tal vez señalaba su madurez en la empresa. Yo me preocupaba mucho por él. Más tarde, al morir mi padre y con el nacimiento de nuestro primogénito, Xiaogang, consideré que no nos convenía vivir separados. Por eso, a fines

de 1965 le presenté a la Dirección del Instituto la solicitud de reincorporarme al trabajo.

Luego de entregar la solicitud, él se fue al noroeste, a perfeccionar la computadora, y unos meses después, cuando fui a visitarlo, todavía no habíamos tenido ninguna noticia sobre el asunto. Es cierto que por exceso de trabajo él no tenía tiempo para preguntar sobre el asunto y apurarlo, pero en realidad era más bien que nos daba vergüenza hablar con la Dirección de nuestros asuntos personales. En aquel entonces sólo pensábamos que nuestra responsabilidad era trabajar a riesgo de la propia vida, y estaba fuera de nuestra consideración reflexionar acerca de cómo arreglar la vida y cómo debería pagarnos el pueblo.

Gao, el colega que compartía el cuarto con Chen, tuvo que dormir en su oficina para cedernos la habitación. Yo aprovechaba todo el tiempo para coser y lavar las ropas de Chen, y le insistía en que comiera tres veces al día en "casa". Aunque no fue más de un mes, como esposa y madre, me sentía profundamente feliz cuando veía que su rostro, antes oscuro y macilento, se iba poniendo algo sonrosado, que su cara se llenaba con las sonrisas satisfechas de un niño cuando acariciaba las ropas limpias y bien planchadas, y que jugaba tan cariñosamente con Xiaogang en la cama. ¡Ah!, ¡qué bueno, si hubiéramos podido vivir así todos los días! Pero, yo no tuve más camino que regresar al campo, porque mi amor propio no me permitía quedarme a su lado como "esposa sin trabajo". En esos días, Chen estaba más callado que antes. Una noche, luego de dormir al niño, me apoyé silenciosamente en su pecho ancho, percibiendo el latido rítmico de su corazón y el olor especial y conocido que despedía su cuerpo, y al recordar que poco tiempo después tendría que tomar solitaria el camino de regreso, sentí que se me humedecían los ojos. Zhixian, como si oyera mi ruego silencioso, enjugó mis lágrimas y dijo en voz baja, mirándome a los ojos: "¡Ya, ya! ¡Tranquilízate! Lo arreglaré todo."

Al día siguiente, por la noche, vino a visitarnos un discípulo suyo que había entrado a trabajar en el ejército, después de terminar sus estudios universitarios. Antes, le había aconsejado a Chen que trabajara con él en el ejército, y le había

prometido que me trasladarían allí. Como Chen le contestó que aún no había tomado la decisión, no me platicó nada al respecto.

Al enterarme de eso, protesté alterada.

“¿Por qué no te fuiste? ¿Acaso no puedes trabajar en otra entidad?”

“Xiumei, no te enojés. Creo que me conviene el trabajo que estoy haciendo y, además, estamos en el momento clave del ajuste de la computadora, y si me voy. . .”

“¡No!, ¡no es fácil tener esta oportunidad! Voy a hablar con la Dirección ya que tú no quieres.” Él no logró detenerme, y corrí directo hacia la casa del director. Este se encontraba escribiendo cuando entré corriendo en su cuarto, y sus canas brillaban bajo la luz eléctrica.

“Sr. director. . .” Me quedé en el centro del cuarto sin saber por dónde empezar, aunque tenía mucho que decirle. El director levantó la cabeza y se quitó los lentes.

“¡Oh, eres tú, pequeña Flor de Loto!” Antes, cuando hacíamos el baile de la Flor de Loto, el director se reía de nosotras diciendo que nuestra Flor de Loto nunca parecía estable. Por eso, a las niñas que bailábamos nos llamaba “pequeña Flor de Loto”.

“¿Qué tal? ¿Ya no vas a volver a llorar cuando te despidas de Chen, verdad?”

Al escuchar sus palabras, no pude dominarme y se me caían las lágrimas.

“¿Qué pasó?. . .” El director se levantó de la silla y se me acercó. Como consuelo, me acariciaba el cabello, y yo, que ya no podía aguantar, rompí a llorar.

“Director, Chen quiere llevarme a trabajar en otras entidades. ¡Permítale abandonar el Instituto!”

El viejo director dio unos pasos en silencio y me sirvió un vaso de agua.

“Pequeña Xü, sería demasiado lamentable interrumpir su trabajo actual. . .”

“Pero, su salud se debilita cada día más.”

“Ya me he dado cuenta.” Estaba frente a la ventana, mirando cómo caían los copos de nieve. “Pequeña Xü, Chen Zhixian es un camarada que trabaja con tesón y es muy apli-

cado a sus estudios. Desde el año 59 en que empezó a trabajar hasta la fecha no sólo ha hecho los diseños de las piezas sino también los del plano integral de la computadora, por lo cual sin duda será un especialista promisorio de nuestro país. Si se parte de la causa, el trabajo lo necesita y en cuanto a su progreso personal, ¡no debes obstaculizar su desarrollo, sólo por sentimientos familiares!” Mientras lo decía, observaba con detenimiento mi reacción. “En cuanto a sus problemas, yo soy culpable y hago una autocrítica. ¿Está bien? ¡Mira!, otra vez estás llorando. ¡Bueno! No sólo hago una autocrítica, sino también te prometo resolver sus problemas. Yo me encargo de eso. ¿Qué te parece?”

¿Qué más podía decir yo? En ese momento, el viejo director me extendió una toalla mojada con agua fría para que me limpiara la cara y me dijo, dándome palmadas en los hombros como si se tratara de su hija:

“¡Nuestra pequeña Flor de Loto! Volverás a trabajar aquí con los osciloscopios, después de años de escribir con tizas ¿Se te ha olvidado lo que aprendiste en el Instituto Politécnico?”

Otra vez me sentía llena de esperanzas, y la sonrisa apareció en mi cara lacrimosa.

Más tarde, Chen me contó que poco tiempo después de mi regreso al campo, el director había consultado el problema de mi trabajo con los camaradas de la Sección de Cuadros del Instituto, y que ellos habían empezado enseguida a comunicarse con los departamentos correspondientes. Cuando ya todo estaba arreglado, y estaba a punto de mandarse la carta oficial de traslado, estalló la Revolución Cultural, conocida en todo el mundo, y nuestra pequeña familia de tan sólo cuatro personas también fue arrojada a la tempestuosa vorágine.

Al comienzo, al igual que todos los chinos sinceros y honrados, dejamos de lado todo lo personal, y teníamos siempre presente las instrucciones de que “hay que seguir de cerca los asuntos del Estado” y que “hay que prevenir la restauración del capitalismo”. Sin embargo, en menos de dos meses, Chen y yo fuimos duramente golpeados, él, porque había intentado que se hiciera justicia en la crítica al director, y yo, porque era una maestra de la escuela. Entonces, Chen no tuvo más remedio que regresar al campo para cuidarme, pasando por encima

de su propio dolor. En nuestra humilde casa de adobe, ¡cuántas noches pasamos preocupados y en vela! Sin embargo, aun en esas condiciones desafortunadas, Chen seguía diseñando y escribía como siempre hasta altas horas de la noche, a media luz. Técnico, ¿no podías dejar tu trabajo ni siquiera por un momento?

Casi desde el comienzo de la Revolución Cultural, Chen fue “pasivista” porque, desde el principio estuvo consciente de que para una persona honesta no había base para esa revolución y, por otro lado, no se atrevía a ofender, sólo por mi problema, a los innumerables jefes que se sucedían unos a otros. Si en el pasado las directivas de poner en primer lugar la revolución y los asuntos individuales en el segundo, nos sonaban bien y eran aceptables, ahora, al oírlas de boca de los nuevos aristócratas, me daban más asco que comer moscas. “Los asuntos del Estado, así sean de menor importancia, siempre son grandes y, los asuntos personales, aun los importantes, siempre son insignificantes.” Esas palabras no me parecían mal; pero, desgraciadamente estaban destinadas sólo a gente como nosotros. “Asuntos insignificantes”, pero, ¡precisamente por estos asuntos insignificantes cuántos matrimonios sólo pueden reunirse una vez al año, viven preocupados y no tienen dónde quejarse! Chen, ya sea porque tuviera un hilo de esperanza o un amor y un odio más profundos, se hizo cada vez más silencioso y apático.

Como mamá ya tenía una edad avanzada y los niños eran aún pequeños, en el campo llevábamos una vida muy difícil. Y no hablemos de las miradas de burla de los vecinos: “ya que son familiares del técnico ¿por qué no han podido hasta hoy trasladarse a la ciudad?”, y ni mencionar las provocaciones de los vagos de la aldea. Para nosotros era muy difícil llevar a casa las raciones de verdura y de leña que nos daban una vez al año. En el campo se despreciaba mucho a una familia que no tuviera su hombre en casa. Las raciones de papas, de caña de maíz, de rábanos, etc., que nos correspondían siempre se encontraban en las parcelas de cultivo más lejanas, y sólo Geng nos ayudaba en esas faenas. Mi pobre Xiaogang, que apenas tenía 5 años, había comenzado a compartir mi pesadumbre con sus pequeños hombros, cargando bolsas pesadas y corriendo detrás de mí.

En Beijing no encontramos ningún lugar dónde establecernos. En la Fiesta de Primavera de 1968 fui con Xiaogang a visitar a mi marido. Una noche, en la madrugada nos despertamos asustados por terribles golpes en la puerta. Sin permitirnos ninguna explicación, al niño y a mí nos llevaron a empujones, como “vagabundos”, a una comisaría de policía. Mientras tanto, Chen, apretando los dientes y sin pronunciar una palabra, nos entregó silenciosamente todas las ropas que tenía para que nos defendiéramos del frío.

En 1969, cuando estaba a punto de dar a luz, ningún hospital cercano quiso aceptarme argumentando que mi registro de censo no estaba en Beijing. Chen manejando el coche-bicicleta con gran dificultad, me llevaba de un lado a otro pidiendo ayuda. Mientras dábamos vueltas y más vueltas, yo iba gimiendo por los dolores del parto. El me miraba de cuando en cuando y no se sabía si lo que corría por sus mejillas era sudor o lágrimas.

Una noche, a fines de otoño de 1972 —¡cuán fríos el viento y la maldita lluvia!— los cuatro miembros de la familia nos encontrábamos resguardados en uno de los diminutos cuartos del Instituto, contruidos contra el muro este del edificio de oficinas. Inicialmente, habían sido utilizados como estacionamiento de bicicletas, pero, más tarde, como muchos recién casados no tenían dónde vivir, los subdividieron con esteras y papeles, improvisando así dormitorios temporales para los técnicos y sus familiares. El lugar fue bautizado como “Dong Jiao Min Xiang”, un nombre lleno de elegancia.

Yo sabía que en los últimos años, muchos obreros y empleados, así como sus parientes, habían sido admitidos y colocados en el Instituto, y que incluso el día anterior los familiares de un chofer habían sido aceptados como habitantes de Beijing.

“Chen, la población de Beijing creció de 4 a 8 millones, ¿acaso yo soy la única persona que no puede trasladarse aquí?”

“...” El bajó la cabeza sin mirarme.

“Yo sé que no tenemos el poder como para ofrecerle mejores puestos de trabajo a los hijos de aquellos señores; sé también que no tenemos dinero para hacerle regalos costosos a sus señoras e hijas; sin embargo, sí podemos armar lío, aban-

donar el trabajo, sentarnos todos los días en sus casas, pedirles prestado dinero, dejar nuestros hijos a cargo. . .”

“¡Xiumei! ¡Qué extrañas me suenan tus palabras!

“Está bien, pero he cambiado. Es por tu incapacidad, no puedo sino. . .” Terminé a medias las palabras. Chen puso muy mala cara y se me quedó mirando de hito en hito. . .

La verdad era que yo estaba ofuscada por la impaciencia. Durante muchos años, ¡cuántas ironías había padecido y cuántas amarguras se había tragado en silencio! ¡Sin embargo, él nunca se quejó ni me reprendió por haber solicitado el regreso al campo. Ahora ¿qué derecho tenía yo a causarle un desconsuelo?

“Zhixian, yo. . .”

Ambos rompimos a llorar desconsoladamente, seguidos por Xiaohong, que se había despertado. Tan sólo Xiaogang permanecía callado, mirándonos asustado con los ojos muy abiertos.

Ya no pude seguir viviendo en Beijing. No fue por amor propio, ni por el hedor del agua de “Dong Jiao Min Xiang” sino porque ya no teníamos los medios económicos para mantenernos. En una carta, mamá nos informó que la brigada de producción amenazaba con no darnos la ración de cereales. En Beijing, los cuatro vivíamos sólo de la ración de cereales de Chen y de su salario de 56 yuanes al mes; es de imaginar cuántas dificultades teníamos. Los colegas de Chen de vez en cuando nos daban cupones de cereales y ropas usadas. Pero nos daba vergüenza aceptarlos porque ¿cómo podíamos estar tranquilos, obligados a vivir del socorro ajeno? ¿En qué sentido era Chen menos competente que los demás? ¿Era perezoso o acaso había cometido algún crimen?

Así, en medio de dificultades y preocupaciones pasamos unos años más. A lo largo de esos años, se fueron yendo todos los viejos amigos de Chen, que compartían las penas y alegrías de experiencias similares. Chi Fang, un exsecretario de la oficina que terminó sus estudios universitarios dos años antes que Chen, se mudó a una zona montañosa de la Provincia de Sichuan con toda la familia y con su esposa, que había regresado del campo de la Provincia de Anhui luego de una campaña de descentralización. Chi era soltero cuando empezó a

trabajar en el Instituto y, al término de esta experiencia, aún seguía llevando una vida llena de estrechez. Durante más de diez años trabajó día y noche; sin embargo, cuando se despidió del Instituto todo su equipaje no era más que un saco de cáñamo y una maleta llena de libros técnicos, que no quería tirar.

Wang, un compañero de estudio del mismo grupo, que gozaba de cierto prestigio en el campo de los depósitos magnéticos de la computadora, se fue sin vacilar a su pueblo natal en la Provincia de Guangdong, para reparar motores en un taller de montaje y reparación de máquinas agrícolas de la comuna. ¿Es que acaso no amaba su especialidad? ¿No añoraba los éxitos en el trabajo obtenido gracias a sus intensos esfuerzos? Sin embargo, al irse no pudo contener su indignación y exclamó: “De hoy en adelante, jamás volveré a pasar por esta puerta mugrienta, maldita sea. . .”

Chen los iba despidiendo uno por uno. Cada vez que el tren se ponía en marcha, siempre le aconsejaban: “Chen, ¡tienes que tomar la decisión cuanto antes!”, y él siempre asentía con la cabeza, sin pronunciar una sola palabra.

Con el paso del tiempo, lo promovieron de responsable de un programa a jefe del grupo de proyecto de obras, y lo premiaron por los méritos logrados en una importante investigación científica. Todos los directores, al tomar posesión del cargo, repetían lo mismo dándole palmadas en los hombros: “¡Chen, trabaja cada vez con más entusiasmo! ¡Sin duda alguna, el problema de tu esposa se resolverá!” Pero, o bien los destituían rápidamente, o se ocupaban de otros asuntos más importantes, ¿cómo podían entonces acordarse de nuestro problema?

La despedida era ya una escena inherente a nuestra vida familiar. La noche anterior a cada despedida, Zhixian siempre me abrazaba con mucho cariño, acariciando mis manos ásperas por todos los trabajos que hacía:

“En el campo, tienes que cuidarte mucho . . . aquí, voy a seguir buscando otras alternativas.”

Más tarde, murió mamá y, yo me enfermé a tal punto que no pude recuperarme durante largo tiempo. Chen se llevó a los niños a Beijing, con el pretexto de darles una mejor educación; sin embargo, supe que intentaba aligerar mi carga de mil maneras. A partir de entonces, en el Instituto tenía que cum-

plir con sus interminables trabajos, en casa debía atender a los niños y, durante la noche, dedicar cierto tiempo a leer y traducir materiales de información técnica. Por eso estaba ojeroso, tan delgado como un esqueleto y tenía la cara oscura y macilenta.

En 1976, mi estancia en Beijing coincidió casualmente con la caída de “la Banda de los Cuatro”. Chen mostraba en su rostro una emoción que pocas veces se le había visto antes. Esta vez no compramos carne de 10 centavos sino de 1 yuan. Al ver los platos, los niños se quedaron con los ojos abiertos. Sentía que casi se me rompía el corazón al oír que Xiaohong decía: “Papá, ¡cómaselo! ¡cómaselo!” y, mientras tanto, se llenaba la boquita con voracidad. Sin embargo, al igual que todos, estábamos inmersos en una gran alegría, por la esperanza de China y de nuestra pequeña familia.

En efecto, en menos de un año de la derrota de “la Banda de los Cuatro” hubo muchos avances. Desde que recibí la carta, empecé a arreglar las cosas sin avisarle a nadie. El color de las hojas de los árboles cambió del amarillo al verde y las golondrinas que vivían bajo el alero colgaron dos nidos nuevos: iba a cumplirse un año, pero no llegó ninguna noticia más de parte de Chen.

Aunque el asunto marchaba con demasiada lentitud, con tanta que era insoportable, aún estaba llena de alegría, como si ya hubiera llegado el día de reunirnos para no separarnos jamás. Con frecuencia me decía a mí misma: “¡Cálmate, cálmate! Han pasado 15 largos años, ¿por qué no puedes aguantar unos días más?” Yo esperaba ese día en silencio, y al mismo tiempo, con intranquilidad.

Sabía que también él esperaba ese día, pero con una actitud más activa y práctica. Los artículos traducidos por el grupo se publicaron, y a Chen le tocó una parte de la remuneración. Con toda solemnidad me compró un suéter —que costó más de la mitad de ese dinero— pues en los últimos años se había sentido muy triste de no poder comprarme ropa presentable. Lo nombraron subdirector de la Sección de Investigación del Instituto y estaban estudiando su calificación dentro de las categorías profesionales. En una carta me escribió lleno de emoción: “Quizá no tenga mucha importancia cierta categoría pro-

fesional; sin embargo, esta calificación significa que aprecian mi trabajo y que reconocen lo que sé.” Quizás para él lo único doloroso era no tenerme a su lado. Sin embargo, él tenía una absoluta confianza en que esta vez nuestro problema sería resuelto. Entonces se entregaría con más energía al trabajo, como una locomotora con el tanque lleno de combustible, que rugiera arrastrando los pesados vagones. De hecho estaba planeando ayudarme a recuperar lo que yo había aprendido en la universidad, hacer los trámites necesarios para que Xiaogang pudiera pasar los exámenes de admisión y tomar los cursos para estudiantes-adolescentes de la Universidad de Ciencias y Tecnología de China, así como enseñarle cuanto antes a Xiaohong idiomas extranjeros. . . ¡Ah, querido! precisamente porque eras tan optimista y vigoroso, pude pasar con resignación todos esos años tan insoportables.

Por fin llegó el día.

Una tarde, cuando acababa de entrar a la escuela, Geng salió a mi encuentro con una sonrisa en la cara.

“Maestra Xü, ¡dos cuadros han venido de Beijing a buscarte!”

¿Cómo? Según lo que muchas veces me imaginé, primero debía recibir una carta de traslado seguida de una conversación con las autoridades interesadas, luego debía despedirme de mis colegas de la escuela y, finalmente, ponerme en camino. En el mejor caso, Chen vendría a buscarme, pero ¿por qué habrían mandado funcionarios? ¡Tal vez Chen no había podido venir debido al trabajo y a los niños! Y si era así, en verdad había cambiado el trato para con los intelectuales.

Media hora después, entré en la oficina de la directora. Aunque ella me hablaba con simpatía y amabilidad, advertí algo extraño atrás de su risa forzada.

“Maestra Xü, aquí están los camaradas de la Sección de Cuadros de la entidad donde trabaja Chen, han venido a llevarte a Beijing. . .”

“¿Se trata del traslado?”

“Este. . ., bueno, ¡que te hablen ellos!”

“Maestra Xü, lo que pasa es que todavía no están arreglados los trámites del traslado. Hemos venido a. . ., es que Chen se encuentra un poco mal de salud, ¿podrías atenderlo primero?”

En cuanto al traslado, lo haremos en seguida.”

“¿Qué le pasó?”

“Nada grave. Pero, es mejor que tú, que eres su esposa, lo cuides de cerca. Ya tenemos el boleto de tren para tí. ¡Podemos partir ahora mismo, si no tienes algún trabajo urgente por el momento!”

¿Qué trabajo más urgente podía yo tener? ¿Qué te pasa esposo mío, mi amor, sostén y esperanza de mi vida? ¿Qué tienes?

En el viaje, los camaradas me atendieron muy bien. Durante más de 20 años, yo había tomado muchas veces el tren, pero, sólo esta vez había podido pisar el vagón-cama. Eso me entristecía mucho. Eludiendo mis miradas, siempre intentaban hablar de otras cosas, por lo cual decidí callarme. Mientras miraba por la ventanilla el campo que retrocedía rápidamente, sentía que ya estaba al lado de Chen. ¡Zhixian, ojalá pudiera ser éste mi último viaje en tren por esta línea!

Varias personas vinieron a buscarme a la estación. Yo sólo conocía a Gao, quien siempre sonreía y hablaba mucho conmigo cuando me encontraba; esta vez, sin embargo, advertí algo anormal en su comportamiento y era como si temiera verme.

¿Qué estaba pasando?

En contra de lo que yo pensaba, el coche no recorría el camino conocido hacia el oeste, donde quedaba nuestro “Dong Jiao Min Xiang”, sino hacia el este. Llegamos ante un edificio moderno con una placa en la que decía: “Hospital de Tumores.” ¡Ah! ¿Acaso padecía de cáncer? Un ataque hizo que mi vista quedara borrosa.

“¡Maestra Xü! ¡Hermana Xü!” Oí que Gao me llamaba en voz alta: “¡Despierta! ¡Chen todavía te está esperando!” Sí, ¡qué tímida era! Tenía que ir a ver a Chen, tenía que ver en seguida a mi querido esposo.

Entré en una sala del hospital. Mi esposo yacía en paz en una cama cubierta de sábanas blancas y, a su alrededor, se veían distintos aparatos y botellas.

“Zhixian. . .” me arrojé sobre él gritando.

Apenas pude reconocerlo por lo deforme de su cara, antes tan conocida y tan agradable para mí. Su rostro estaba hin-

chado hasta casi el doble, la piel era tan oscura que parecía la corteza de un árbol seco y los labios estaban agrietados y llenos de manchas de sangre.

Abrió los ojos y me reconoció. Quería sonreír, pero. . . ¡qué sonrisa era aquélla! Tomó mi mano mientras jadeaba a pleno pulmón.

“Mei, por fin has venido. Yo. . . estoy bastante bien. De todos modos, no te preocupes. . . Mira, el problema todavía no. . ., te ruego que me disculpes.”

Todos los que se encontraban en la sala comenzaron a llorar. Más tarde Gao me contó que Chen padecía de una hepatitis crónica debido a la gastritis y a la desnutrición padecidas durante esos 10 años tan caóticos. Pero Chen nunca me dijo nada, y todo lo bueno y nutritivo se lo daba a los niños. Hacía una semana, el director había hecho una movilización en el Instituto para participar en la cosecha de trigo. Al ser responsable de una Sección, Chen no vaciló en ir a la cosecha con los jóvenes. Al tercer día de trabajo, se desmayó de repente en el trigal y después de llevarlo al hospital se supo que la hepatitis ya se había transformado en cáncer al hígado, y que el desmayo se debió a una crisis sorpresiva. Entonces Gao se golpeó la cabeza: “¡Qué malvado fui! ¿por qué no fui a la cosecha en lugar de Chen?”

Durante dos días con sus noches estuve acompañando a Chen. Él estaba a veces consciente y a veces inconsciente; sin embargo, apenas recuperaba la conciencia siempre me tomaba las manos. Aunque ya teníamos 16 años de casados, los días en que estuvimos juntos no sumaban más de 2 años. Con el ahogo de las pesadas presiones de vida, apenas si tuvimos tiempo para una charla. Pero ahora, mediante sus palabras pronunciadas con gran dificultad, parecía que quería consolarme o hablar por última vez de todos los anhelos enterrados profundamente en su corazón durante años.

“Mei, hace tiempo tuvimos la idea de llevar a los niños a visitar la Gran Muralla. Cuando me pueda levantar, vamos a hacerlo, sin tomar en cuenta el costo de los boletos, como las veces pasadas. En la Provincia de Guangxi, mi pueblo natal, hay lugares pintorescos con verdes colinas, pero no son tan atrayentes y majestuosos como los de Badaling. . . Fui a visi-

tar la Gran Muralla cuando llegué por primera vez a Beijing, hace ya cerca de 20 años. . .”

“Cómo no, vamos en este otoño, porque en esta temporada, Beijing es más bella.”

“Son muy buenos nuestros hijos. Xiaohong se parece mucho a ti. . . Mei, todavía no gasté toda la remuneración que gané por la edición de los libros. Con eso puedes hacer una ropa para ella.”

“Sí. . .” Yo sabía que él se refería a Xiaohang, vestida con ropas usadas por su hermano, jugando con niñas bien arregladas, bonitas como mariposas. Eso le afligía mucho, al igual que a mí, pero nos habíamos aguantado, para no tocar ese tema tan angustioso.

“Mei, siempre eres muy firme y optimista, ¿verdad? Prométeme que serás así siempre, ¿no? Prométeme que. . .”

“Yo. . ., te lo prometo. No te preocupes por eso.”

Desde que Chen se hospitalizó el director del Instituto mandaba cada tanto personas a visitarlo y sus colegas se turnaban para cuidarlo en lo que podían. Chen se informaba de vez en cuando sobre los trabajos que le había encargado a sus compañeros, y mientras ellos tomaban notas, se les saltaban las lágrimas. Al día siguiente de mi llegada, vinieron a visitarlo los jefes del Instituto. En ese momento, Chen se agravó aún más. Al verlos llegar, levantó la cabeza con dificultad y me hizo una seña para que me saliera. Fui hasta la puerta.

“Están muy ocupados con el trabajo, aún así, vienen a visitarme. . . Lamento no haber cumplido bien el trabajo en estos diez años. El desarrollo de nuestra industria de computadoras se inició al mismo tiempo que la de otros países, pero estamos muy a la zaga. . .” Mientras decía esto, jadeaba con mucha dificultad.

“Chen, no te preocupes más por el trabajo, tienes que descansar bien.”

“Yo. . . tengo un deseo personal y quisiera presentarlo a la dirección del Instituto. . ., me quedan pocos días por delante. Me refiero al problema de mi esposa. Yo sé que su nombre está registrado en la lista. . . Pero, si me voy, ¿podrán resolver su problema como si yo existiera?. . .”

Chen mantenía abiertos los ojos con gran dificultad, en espera de la respuesta.

“Zhixian. . .” Me arrojé llorando.

“Xiumei, ¿no has salido? Mira, esto es todo lo que puedo hacer. . .”

“Zhixian, Zhixian, ¡todo se resolverá! ¡el problema está arreglado!” Yo gritaba entre lágrimas. De repente él aspiró a todo pulmón, vomitó una bocada de sangre y cerró los ojos.

La sala se encontraba en medio de sollozos. De súbito se abrió la puerta, y entró un anciano tembloroso acompañado por el ruido de su bastón contra el piso de cemento. ¡Ah!, ¡era el viejo exdirector del Instituto! Unos años atrás había sido desplazado y todavía era “un aspirante al trabajo”. En su cara ya se veían las arrugas y todo su cuerpo tenía una inclinación anormal debido a la fractura de tres costillas. Caminó directamente hacia la cama de Chen, como si no conociera a ninguno de los que estaban allí.

“Camarada Chen Zhixian, ¡Discúlpame!. . .” El anciano lanzó unos gritos que me partían el corazón. Era tal mi tristeza, que no pude aguantar más. ¡Ésas eran las mismas palabras que tantas veces me había repetido Zhixian en voz baja! Chen quiso pedirme perdón. A él también quiso pedirle perdón el viejo exdirector. Entonces, ¿quién debería pedirle perdón a este último? Un excelente alumno de la Facultad de Física de la Universidad de Nankai en los años 30, uno de los mejores jóvenes que habían ido a Yanan dejando de lado sus brillantes perspectivas personales, y un revolucionario calificado del Partido muy difícil de encontrar. Sin embargo, estaba desamparado.

¡Eran intelectuales sobresalientes de dos generaciones! Sus compañeros de estudio, que habían ido a estudiar a otros países, se hicieron licenciados o doctores muy bien conocidos en el mundo. Al regresar al país andan con elegancia y reciben honores. Mientras tanto, ¿por qué son tan inertes las potentes semillas que se quedaron en las fértiles tierras de nuestra patria? Zhixian, no has cumplido aún 45 años y los niños todavía son pequeños. Amas tanto a tu trabajo como a la vida, no debes. . . , no. . .

Perdí el conocimiento, y cuando me desperté ya estaba acostada en mi casa de “Dong Jiao Min Xiang”. Los niños me estaban cuidando con dedicación. Sentí que todo lo suce-

dido se había borrado de mi memoria. ¿Cuándo llegué a Beijing? ¿Por qué Chen no se encuentra en casa? Todos los días me visitaba mucha gente, pero contestaban con ambigüedad cada vez que les hacía una de estas preguntas. ¿Se fue otra vez en misión oficial? Recordé que en una ocasión, nos había dejado en Beijing y había estado fuera un par de semanas. Me parecía, sin embargo, que yo lo estaba esperando luego de salir de su trabajo, que tiraba el portafolio sobre la cama, y que abrazaba a la niña sonriendo. . .

Una tarde, a la hora de salida del trabajo, caminaba yo lentamente hacia su oficina, con la idea de ir a su encuentro. El sol poniente hacía que las casas tuvieran un brillo dorado. En la cartelera de anuncios, había algo tan rojo que deslumbraba los ojos. Caminé hacia ella. ¡Oh!, era la lista de los investigadores, de los investigadores adjuntos y de los auxiliares recién aprobados. Claro, claro, como Chen se graduó en la universidad en 1959, y venía trabajando con gran entusiasmo, sin duda alguna, su nombre debía estar registrado en la lista. Así que empecé a buscarlo.

Repasé la lista de la sección núm. 1, de la núm. 2. . . de la núm. 15, ¿Por qué no aparecía su nombre? Me acerqué y toqué la lista con las manos. Eran caracteres negros escritos en un papel rojo pero, los caracteres me parecían verdes. ¡Qué torpes! ¿Por qué los habían hecho con esos colores chillones que molestaban la vista? Tenía que buscarlo otra vez con más cuidado. . .

Sin darme cuenta, ya mucha gente me había rodeado sin decir nada. Di media vuelta y le pregunté a una mujer amable que estaba a mi lado:

“¿Por qué han escrito estos caracteres de manera tan desordenada? Ayúdame por favor, a ver si encontramos el nombre CHEN ZHIXIAN; es de la sección núm. 10, es. . .” Vi que ella daba media vuelta, cubriéndose la cara con las manos. ¿Qué estaba pasando?

“¡Mamá!” Xiaogang, agarrando a su hermana, se me acercó entre la muchedumbre.

“Xiaogang, ayúdame a encontrar el nombre de tu papá. . .”

“Mamá, vámonos a casa!”, dijo llorando la niña.

Una mujeres, algunas que yo conocía y otras que no cono-

cía, me llevaron a casa. Así, fue como me internaron en el Hospital de Anding.

Sentada en la cama, y mientras miraba por la ventana la luz del sol de los primeros días de primavera, recordé todo lo ocurrido. No fue una pesadilla, sino la realidad irrefutable que yo tuve que soportar.

Una semana después, Gao vino a buscarme porque me habían dado de alta, y me trajo un ramo de las primeras flores de la primarea de 1979. ¡Ah! ya estábamos en abril. Me dijo que, según las estipulaciones, al morir mi esposo, en mi caso ya no existía el problema de vivir separados, por lo que perdía el derecho de regresar a Beijing. Sin embargo, los compañeros se irritaron mucho, le exigieron a los dirigentes que resolvieran el problema. Como consecuencia, se acudió a los jefes de una instancia superior. . . De modo que los problemas del registro del censo y de mi trabajo se habían resuelto.

Gao me dijo que podría empezar a trabajar luego de un breve descanso. Esa noticia, que habíamos esperado durante 15 años, sólo pudo producirme una sonrisa triste y amarga, porque mi esposo ya se había alejado para siempre de mí, mi querido, él único que podía compartir conmigo esta alegría. Gao me dijo, además, que cuando mandaron el cadáver de Chen al crematorio, no lograron encontrarle ni siquiera un traje presentable, al registrar todos nuestros roperos. No podía perdonármelo. Era tal mi remordimiento que casi me arranqué los cabellos: nunca jamás podría perdonarme mi debilidad, en el momento preciso en que Chen me necesitaba para nuestra eterna despedida. Sin embargo, yo estaba fuera de juicio, si no ¡le habría arreglado bien su traje, a pesar de cualquier sacrificio!

Zhixian, yo quiero ir a verte, a verte con los niños. . .

El 5 de abril, Día de los Muertos, los niños y yo subimos por las interminables escaleras hacia el salón de las cenizas, Laoshan, en el cementerio de Babaoshan. El arenoso viento primaveral nos acariciaba la cara. La hierba brotaba entre las piedras, como si ya hubiera pasado el frío del invierno y se percibiera el hálito de la primavera. Los niños caminaban callados a mi lado, tomados fuertemente de mis manos. Encontramos la urna con las cenizas de Chen Zhixian. Éste, al igual

que miles y miles de beijineses, durante su vida se había alojado en un cuarto de menos de 10 metros cuadrados, y después de su muerte seguía hacinándose en los estantes. Al día siguiente, llevando con nosotros la preciosa urna, subimos hasta la cumbre de la colina de Badaling. Zhixian, ésta era la primera y la última vez, en que toda nuestra familia podría venir aquí. Contra el viento rugiente, los niños llamaban a su padre en medio del llanto, y se despedían de él haciendo reverencias.

Zhixian, padre de mis hijos y amor mío, durante tu vida siempre trabajaste en silencio y con entusiasmo, le entregaste todo al trabajo; sin embargo, no exigiste ni lo más mínimo que te correspondía. Lo que pedías era lo más elemental de la vida; sin embargo, eso no alcanzaste a gozarlo. Yo sé que siempre amaste los ríos y las montañas del norte de la patria. Ahora ¡ojalá te sientas lo más satisfecho y cómodo posible!

Los niños quitaron con sus pequeñas manos la seda roja que cubría la urna, y desparramaron las cenizas en la montaña. ¡Zhixian! ¡Que no se repita jamás la historia reciente de China, y que tampoco sufran esas experiencias nuestros hijos, la tercera y cuarta generación de los intelectuales!

¡Que descanses en paz, en brazos de mamá!

Traducción del chino:

ZHAO PEIXIANG y WANG HUA

Revisión del español:

MARIELA ÁLVAREZ